

CAPÍTULO 6

Demasiado amor de Sara Sefchovich: la novela que canta

Sara Sefchovich publicó en 1990 su primera novela, *Demasiado amor*, la cual ganó ese mismo año el premio Agustín Yañez. En ésta, la hermana de Beatriz se va a vivir a Italia para cumplir el sueño de ambas: poner un negocio, un hostel. Debido al poco dinero con el que cuentan, las hermanas deciden que sólo una de ellas se instale en Italia hasta que el hostel esté funcionando bien y prosperando. Así, Beatriz decide quedarse en México trabajando para mantener a su hermana. La novela alterna capítulos donde se narra en primera persona la vida de Beatriz con cartas que ésta le escribe a su hermana.

Sefchovich intensifica la idea de incorporar elementos de la cultura masiva en la literatura. Mientras que en otros autores se puede notar una clara diferenciación entre los productos de masas y los de la alta literatura, aun cuando se les confiera a ambos el mismo valor, en la novela *Demasiado amor* los elementos están tan entremezclados que podría hablarse de un verdadero híbrido, de un producto nuevo. La primera línea de la novela utiliza una fórmula coloquial prefabricada: “Por tu culpa empecé a querer a este país” (11). La segunda oración retoma esta fórmula coloquial del lenguaje y la une a un hipotexto proveniente de una oración cristiana: “Por tu culpa, por tu culpa, por tu grandísima culpa” (11). Así, la oración religiosa se modifica. No obstante, todavía es muy fácil identificar

el hipotexto,¹ aunque se hayan cambiado las palabras del original “por mi culpa” a “por tu culpa”. Esas primeras oraciones nos empiezan a adentrar en la intención de la autora: seleccionar productos populares masivos, productos ampliamente reconocidos por una gran variedad de lectores, no con el fin de reproducirlos con fidelidad sino de re-crearlos. En otras palabras, se toma como base un elemento de la cultura consabido y se modifica para que colabore en la confección de la trama de la novela.

Los primeros capítulos donde Beatriz narra su vida se caracterizan por una interpelación directa a un personaje llamado Carlos. El tiempo desde donde se enuncia el relato de Beatriz es el que corresponde al final del tiempo diegético. Las cartas, por otra parte, son consignadas con fecha y narran a su hermana otro lado de la historia, ordenada cronológicamente. Beatriz conoce a Carlos en un restaurante, en un Vips,² en el que ella suele cenar. Establece una relación con él durante la cual sólo se citan los fines de semana. El siguiente segmento ejemplifica los capítulos dirigidos a Carlos, en los que Beatriz se dedica a enumerar un sinnúmero de elementos de la cultura mexicana. En este caso se trata de comidas típicas y de lugares que conoció con él:

¹ La oración que funciona como hipotexto es el acto penitencial católico: “Yo confieso ante Dios Todopoderoso y ante ustedes, hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión: por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por eso ruego a Santa María, siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a ustedes, hermanos, que intercedan por mí ante Dios, nuestro Señor. Amén.”

² Hasta el restaurante escogido por Sefchovich demuestra la importancia que se le da a toda la cultura de masas en el texto. La cadena de restaurantes Vips ha estado presente en México desde 1964 y actualmente pertenece a la cadena internacional Wal-Mart Stores Inc. Tiene presencia a lo largo de todo el país y es un lugar típico de la generación que creció envuelta en la cultura de masas.

Me acuerdo cuando te dio por probar todas las comidas que se habían inventado en este país. Fuimos por gusanos a Tlaxcala, por pan de huevo a Huejutla, por manzanas a Zacatlán, por pescado frito a Nautla, por huevos de tortuga a Puerto Escondido, por sopos de frijoles al Desierto de los Leones, por tortillas de maíz azul a Ocotlán, por elotes con chile a Valle de Bravo, por tortas de chorizo a Toluca, por langostas a Huatulco y langostinos a Catemaco, por papayas rojas a Acapulco, por carnes largas y delgadas a Sonora, por barbacoa a Actopan, venado a Mérida, armadillo a Zihuatanejo, chivo a Putla, enchiladas a San Luis Potosí, dulces de leche a Querétaro, mole a Puebla y otro mole más negro a Oaxaca, por tamales a Chiapas, por helados a San Francisco del Rincón, por tequila a Amatitán, por manitas de puerco a Guadalajara, por pan de cazón a Tabasco, crema a Chalco, fresas a Irapuato, dulces de cajeta a Celaya. (13-14)

Sabores, objetos, imágenes, capítulo tras capítulo todo se acumula de forma incluso caótica. El tema cambia en cada enumeración, pero no la manera de decirlo. Son oraciones extremadamente largas que sólo aluden a clichés: no hay descubrimiento alguno, ni ángulos desconocidos u originales en estos largos inventarios culturales que se nos proporcionan. En estos capítulos Sefchovich crea una conexión del lenguaje coloquial con el lenguaje de consumo de masas: “alargué la mano y te entregué mi nota, mi nota de consumo y mi nota musical, mi nota de pie de página y mi nota de mujer por fin mirada por ti” (17). La palabra “nota” tiene diferentes significados dependiendo del contexto en el que se la

utilice, y la escritora trata de utilizar todos los contextos comunes en los cuales podría aparecer la palabra.

La canción *Contigo aprendí*, compuesta por Armando Manzanero, se entremezcla con la narración de Beatriz en los primeros capítulos: “porque contigo aprendí a esquiar en Tequesquitengo” (62). Después de esta oración sigue una de esas enumeraciones típicas de esta novela. Las canciones que se presentan en ella pertenecen a la cultura popular masiva. Su función es que, mediante la presentación de sólo unos fragmentos de las mismas (nunca se nos da el texto completo de una canción), el lector recuerde el texto entero y la melodía y que, además, tenga indicios de cómo evolucionará la trama. De hecho, todos los primeros capítulos caóticos narrados por Beatriz encuentran un orden y una condensación en la canción *Contigo aprendí*:

Contigo aprendí que existen nuevas y mejores emociones.

Contigo aprendí a conocer un mundo lleno de ilusiones.

Aprendí, que la semana tiene más de siete días,

a hacer mayores mis contadas alegrías.

Y a ser dichoso, yo contigo lo aprendí.

Contigo aprendí a ver la luz del otro lado de la luna.

Contigo aprendí que tu presencia no la cambio por ninguna.

Aprendí, que puede un beso ser más grande y más profundo,

que puedo irme mañana mismo de este mundo,

las cosas buenas ya contigo las viví. Y contigo aprendí,

que yo nací el día en que te conocí. (Manzanero)

En efecto, Beatriz cambia radicalmente desde el día en que conoce a Carlos, y su cambio equivale al nacimiento del cual habla la canción. Los grandes recuentos de estos capítulos son “las nuevas y mejores emociones” de las que habla la canción.

Sefchovich no sólo se toma libertades con las canciones populares masivas; también lo hace con otros productos culturales, como poemas prehispánicos:

¡Que permanezca la tierra!,
¡que estén en pie los montes!
En Tepeaca, en Huejotzingo, en Cholula,
que se distribuyan flores de maíz,
flores de cacao. (108)

La anterior es su versión libre del poema de Ayocuan Cuetzpaltzin, *Las flores y los cantos (In xochitl, in cuicatl)*, que en realidad termina de esta forma:

¡Qué permanezca la tierra!
¡Qué estén en pie los montes!
Que se repartan flores de maíz tostado, flores de cacao.
¡Qué permanezca la tierra! (Mejía Mateos 108)

Sefchovich ha adaptado el poema a lo que Beatriz va conociendo de México con Carlos.

Él no sólo la lleva a los lugares, sino que también le habla de su historia, de sus monumentos y costumbres: “estos indios se llaman así y hablan tal idioma y hacen bordados en cinturones y en camisas. Y los otros atraviesan cada año el desierto buscando peyote. Y aquellos se levantaron con el caudillo perengano en el año de mil novecientos y tantos pero los aplastaron y estos nunca se dejaron pacificar” (31). Carlos conecta a Beatriz con el pasado mexicano, pasado que se

convierte en presente cuando la protagonista descubre todos esos lugares y cosas. Sin embargo, como se aprecia en la cita anterior, Beatriz no absorbe en su totalidad la cultura que Carlos le ofrece: sólo guarda el recuerdo de él diciéndole esas cosas, pues en realidad no recuerda con precisión lo que él le dice. Lo anterior podría ser una de las razones por las cuales la narradora se toma la libertad de reconstruir la realidad que vio con Carlos. Beatriz recuerda fragmentariamente todo lo vivido con Carlos, lo que también contribuye al caos en su discurso.

El capítulo 26 es el que utiliza la mayor cantidad de canciones en la novela. Hay en él una gran concentración de sonidos, como en un carnaval, y se pone de manifiesto que en la obra el folklore mexicano, los elementos populares masivos y los elementos cultos están en el mismo nivel. Beatriz hace un recuento de las canciones que cantaba Carlos, de los conciertos que escucharon juntos y de los ritmos que bailaron. Las canciones populares se empiezan a asociar con estados de ánimo, como cuando Beatriz dice que Carlos se sabía canciones “de duda”, como “Y tú, quién sabe por dónde andarás, quién sabe qué aventuras tendrás, qué lejos estás de mí”, o como ésta “de seguridad”: “comenzó por un dedito y la mano le agarró” (123). Sefchovich llega hasta el punto de incorporar las canciones a la narración, es decir, llega hasta el punto de fusionar totalmente ambos textos. En las primeras páginas pone comillas, aunque no menciona el título de la canción ni el autor o intérprete. Pero en el capítulo 26 le quita las comillas a las canciones para convertirlas en la narración misma: “pero de lo que más me acuerdo es cuando me dijiste que pase lo que pase, no me devuelves ni mis besos y que nuestras almas se acercaron tanto al fin que yo guardo tu sabor pero tú llevas también sabor a mí”

(124). Aún más, en esta oración se unen la letra de dos canciones: *No volveré* de Manuel Esperón y Ernesto Cortázar,³ y *Sabor a mí* de Álvaro Carrillo.⁴

La degradación de Beatriz, que vamos conociendo por las cartas que le envía a su hermana, es paulatina. Un día le da por ir al Vips a cenar para recordar a su hermana, porque ahí cenaban juntas. Luego se convierte en costumbre y va todas las noches. La dinámica sigue así hasta que un hombre se sienta a platicar

³ *No volveré*

Cuando lejos te encuentres de mí,
cuando quieras que esté yo contigo,
no hallarás un recuerdo de mí,
ni tendrás más amores conmigo.
Yo te juro que no volveré,
aunque me haga pedazos la vida.
Si una vez con locura te amé,
ya de mi alma estarás despedida.
No volveré, te lo juro por Dios que me mira,
te lo digo llorando de rabia, no volveré.
No pararé, hasta ver que mi llanto ha formado,
un arroyo de olvido anegado,
donde yo tu recuerdo ahogaré.
Fuimos nubes que el viento arrastró,
fuimos piedras que siempre chocaron,
gotas de agua que el sol reseco,
borracheras que no terminamos.
En el tren de la ausencia me voy,
mi boleto no tiene regreso,
lo que tengas de mí te lo doy,
pero yo no te devuelvo tus besos.

⁴ *Sabor a mí*

Tanto tiempo disfrutamos de este amor,
nuestras almas se acercaron tanto así,
que yo guardo tu sabor,
pero tú llevas también, sabor a mí.
Si negaras mi presencia en tu vivir,
bastaría con abrazarte y conversar.
Tanta vida yo te di, que por fuerza llevas ya,
sabor a mí.
No pretendo ser tu dueño.
No soy nada, yo no tengo vanidad,
de mi vida doy lo bueno,
soy tan pobre, qué otra cosa puedo dar.
Pasarán más de mil años, muchos más,
yo no sé si tenga amor la eternidad,
pero allá tal como aquí en la boca llevarás,
sabor a mí.

con ella y la invita a su casa. La relación evoluciona hasta el grado que él le empieza a regalar cosas caras o dinero cuando ella lo necesita. Cuando él ya no tiene tiempo para ir a comprar regalos, decide darle grandes sumas de dinero cada vez que se encuentran. Cuando su amigo decide irse a Inglaterra a continuar sus estudios, Beatriz regresa a cenar todas las noches al Vips, pero esta vez con una intención muy diferente. La relación con este hombre le ha enseñado que puede vender su cuerpo, trabajar menos como burócrata y mantener mejor a su hermana en el extranjero. Es en esta primera época que conoce a Carlos, con quien pasará todos los fines de semana durante siete años. Primero se prostituye con un hombre cada noche, pero luego se da cuenta de que puede hacerlo con dos la misma noche. La degradación prosigue: “descubrí que puedo con dos señores al mismo tiempo y eso me permite ganarme el doble de dinero por la mitad de trabajo” (115). Llega un momento en el que Beatriz deja su trabajo de oficina, decide rentar todo el edificio donde vive y convertirlo en un gran burdel. Sus clientes sueltan mariposas, convierten una tina en una pecera, sueltan globos y palomas por la casa, quitan todos los muebles, prenden incienso, convierten el lugar en una especie de templo. Es a ese templo que Beatriz arrastra a Carlos para destruirlo y, así, seguir destruyéndose a sí misma.

Rama señala que hay dos adquisiciones que los novísimos usan como “bienes mostrencos”: un manejo del “habla corriente, el español urbano o simplemente barrial de las capitales americanas y el decidido abordaje de la vida sexual” (“Los contestatarios del poder” 26). Para Rama, el ataque al sistema literario anquilosado que hacen algunos escritores en la novísima narrativa hispanoamericana no proviene de “las francas descripciones sexuales” que se

pueden esperar de un libro que habla de la vida de una prostituta, sino de la exposición de las prácticas sexuales “socialmente reprimidas” (27). La forma de prostitución que se muestra en el libro de Sefchovich es especialmente mal vista. Y es que la protagonista declara que ya no la ejerce por dinero: “la verdad es que no sé bien por qué sigo en esto. El dinero tú ya no lo necesitas y yo, pues tengo mi sueldo de la oficina que me alcanzaría para vivir modestamente pero bien. Yo creo que ya me gustó este trabajo, creo que me gusta más que el de la oficina” (205). ¿Es posible aceptar que las prostitutas se dediquen a su profesión sólo por placer? ¿Es posible que la sociedad perdone semejante comportamiento? Beatriz se ha quitado la posibilidad de compasión. Ya no se prostituye por dinero; su necesidad de prostituirse obedece a algo más profundo: la falta de amor. Se menciona que antes de la prostitución sólo tuvo una relación con un hombre, Sergio, en toda su vida. La prostitución le abre las puertas a las relaciones con los hombres. De hecho, es por medio de ella que encuentra buenos amigos: un arquitecto que, antes de que su degradación la lleve a convertir su departamento en burdel, lo remodela y contrata una sirvienta, su vecino que, después de convertirse en su amigo, termina fungiendo como guarura, un destacado empresario gay que le propone tener un matrimonio arreglado. Esta actividad le hace ganar confianza en sí misma: la protagonista se describe como una mujer un poco pasada de peso y sin ningún atractivo en especial, pero a pesar de eso tiene una gran demanda como prostituta.

A partir del capítulo 35 se empieza a operar un cambio: “todos los lugares y todos los recuerdos y todos los sabores y todas las memorias y colores y olores y sensaciones y sonidos sirven para invocarte a ti. A ti te he cantado mil canciones, te he dado mil veces las gracias, te he alabado en mil salmos” (Sefchovich 179). La

segunda oración de esta cita resume lo que ha sido toda la narración de Beatriz en la novela: canciones, salmos y agradecimientos a Carlos por todo lo que la hizo descubrir y vivir. Ese capítulo se va convirtiendo poco a poco en una oración cristiana. Al final de éste se puede leer parte de la *Letanía lauretana*: “Virgen de las Vírgenes, madre de la dichosa Gracia, madre del Creador, del Salvador, del Verbo Eterno, Casa de David, Puerta del Cielo, Arca de la Alianza, Madre Castísima” (181). La elección de la *Letanía lauretana*, que se utiliza, entre otras cosas, para la conmemoración de un muerto, marca el inicio de otra etapa en la narración de Beatriz. Los siguientes dos capítulos son una extensión de ese rezo ya comenzado. Beatriz resume por qué amó a Carlos y luego le da gracias al Señor por todo lo que vivió con él. En el capítulo 38 el tono de la narración de Beatriz cambia totalmente, pues ya no cuenta las cosas buenas de su relación con Carlos, sino las malas: “pero un día las cosas se empezaron a poner difíciles. No quisiste llevarme a conocer los prostíbulos de Ciudad Juárez y yo me enojé” (190).

Desde el capítulo 40 Beatriz empieza a desengañarse: “y entonces, precisamente cuando las cosas se empezaron a poner difíciles, descubrimos que la blusa deshilada no era de Aguascalientes sino del mercado de Tepoztlán, que el reboso de Santa María no cabía por el aro de un anillo porque no era de seda sino de imitación” (203). Conforme se va acabando en Beatriz su etapa de euforia y enamoramiento con Carlos, los objetos que hasta más allá de la mitad de la novela veía como mágicos empiezan a aparecer ante sus ojos como son en realidad: “la biblioteca de Yuriria estaba descuidada, muchos conventos estaban semiderruidos, muchas ruinas estaban abandonadas. Y yo antes no me había fijado en nada de esto, en nada” (204).

Sefchovich apuesta en esta novela a encontrar un nuevo tipo de lector:

No, hermanita, yo no podría ser personaje de ficción porque no soy alta ni delgada, no tengo las piernas largas, ni el vientre liso y los pechos pequeños y duros, ni los ojos azules y el cabello rubio y lacio como tienen todas las heroínas de los libros y de las películas, ni soy negra para que los escritores se puedan explicar mi calentura, ni blanca para que justifiquen mi atractivo. (230)⁵

Su protagonista no cumple, pues, con las normas que han impuesto los medios masivos de comunicación, como el cine o la televisión. Su protagonista es una mujer de la clase media, con un trabajo de oficina, un poco pasada de peso y con la figura de una mujer común y corriente: “creo que eso es precisamente lo que les gusta a tantos clientes” (230). Beatriz supone que eso hace que no se sientan cohibidos y disfruten más de sus servicios. No solamente les gusta eso a sus clientes, sino a sus lectores, quienes, al igual que sus clientes, “rápidamente entran en confianza” (230): un personaje femenino con el cual es fácil identificarse, no un ideal inalcanzable. Ven la historia de una mujer, con un sueño, que se enamora e intenta redescubrirse como mujer en una edad madura. Una mujer que finalmente acepta que es prostituta no por dinero, sino porque le gusta el sexo. Rama ve que ante la liberación total de la sexualidad en la literatura se puede tomar un camino peligroso: “disociar la sexualidad del universo de la afectividad” (“Los contestatarios del poder” 31). Con el ansia de la provocación, los autores podrían caer en la “precariedad y cancelación, sobre todo en aquellos casos en que” la

⁵ Una vez más, vemos derrumbada la llamada cuarta pared: un personaje nos dice que no puede ser personaje porque es demasiado “real”.

incitación “no alcanza otra funcionalidad artística o cultural que la derivada del mero impacto circunstancial” (30).

La decisión de Beatriz de dejar a Carlos también se relata por medio de una canción. *Nosotros*,⁶ de Pedro Junco, se va entremezclando poco a poco con la narración en el capítulo 48:

Nosotros, mundo de sueños, azúcar y leche, rama verde y rama café,
oro y plata, sol y luna, vela encendida y diálogo de palabras.
Nosotros, debemos separarnos, no me preguntes más. No es falta de
cariño, te quiero con el alma, te juro que te adoro y en nombre de
este amor y por mi bien te digo adiós. (Sefchovich 233)

El final de la canción se cambia: no es por el bien de Carlos que Beatriz lo deja, sino por el bien de ella misma. Sin embargo, en el fondo, Beatriz deja a Carlos con el único propósito de dejarse caer aún más en el abismo que ella ha ido creando a lo largo de siete años: se entrega por completo a una vida llena de sexo sin amor.

⁶ *Nosotros*
Atiéndeme,
quiero decirte algo que quizá no esperes,
doloroso, tal vez.
Escúchame,
que aunque me duela el alma,
yo necesito hablarte y así lo haré.
Nosotros, que fuimos tan sinceros,
que desde que nos vimos amándonos estamos.
Nosotros, que del amor hicimos,
un sol maravilloso, un romance tan divino.
Nosotros, que nos queremos tanto,
debemos separarnos,
no me preguntes más.
No es falta de cariño,
te quiero con el alma,
te juro que te adoro,
y en nombre de este amor y por tu bien,
te digo adiós.

La forma en que la novela se construye corresponde a “una tendencia fragmentadora que se registra en los narradores marcados por la influencia de los sistemas modernos de comunicación de masas (periodismo, revista ilustrada, cine, televisión)” (Rama, “Los contestatarios del poder” 41). Este fragmentarismo lo podemos encontrar en varias formas en la novela. La primera es la división del libro en dos diferentes textos narrativos, cartas (lenguaje prosaico) y una especie de memorias (lenguaje poético), ambos redactados por Beatriz. El texto de estas memorias está totalmente fragmentado: sensaciones, imágenes, canciones, poemas, todo mezclado y cortado. Según Rama, esta tendencia fragmentadora va acompañada de una “ruptura del discurso, cuya ilación ya no se desprende de una continuidad explicativa sino del ensamble de materiales disímiles” (41). Estos materiales son tanto de la alta cultura como de la cultura popular masiva y están “provocativamente yuxtapuestos apelando justamente a su desemejanza para originar, como en la metáfora, una selección sémica que consiga enlazarlos y los articule en una secuencia de sentido” (41).